

31 de octubre de 2022

El tobillo duele menos de lo esperado. Llevo tres días de reposo en casa a base de hielo e Ibuprofeno. No me quejo, podría haber sido peor, ya que la velocidad a la que iba era explosiva. Me lesioné el viernes, hace tres días, en las pistas de césped artificial del Club Tenis Meridiana. Jugaba mi segundo partido de la temporada contra Miguel, el rival más duro de la liga. Estaba jugando el mejor *match* de tenis de mi vida. Ganaba 7-4, 30-30, cuando me lesioné. Jugamos a nueve juegos.

Todo ha cambiado desde que he mejorado el saque, desde que no me canso y llego a todo, desde que tengo seguridad en el *drive*, desde que no fallo voleas fáciles, desde que me compré unas zapatillas de tenis nuevas. Jugaba de manera algo patosa con unas Adidas Harden de baloncesto, no eran ideales.

Ya me duele menos, espero no faltar a la cita de cada jueves en el club. Esta tarde tengo una videoconferencia con la traumatóloga. Ya veremos qué me explica y cuando podré volver a entrenar.

Necesito el tenis, estoy enganchado a una práctica milagrosa que me ha rejuvenecido. Vuelvo a ser alguien que practica deporte, vuelvo a ser el de antes. El de Estados Unidos cuando corría los cien metros con marcas de 11 segundos, o el del Hockey Sant Just cuando me calzaba los patines para poner a prueba mis reflejos.

Miguel es un buen rival, gran estratega, te sabe mover de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda. Su saque no es potente, pero sí que es seguro. Conoce bien el arte de hacer dejadas. Cuando llegas a la red te tiene preparado uno de sus globos inalcanzables para alguien que mide un metro sesenta y nueve. Sin embargo, el viernes llegué al globo finalizando una de las grandes jugadas de mi vida, tal vez la mejor.

Creo que saqué yo, él me restó en forma de dejada, llegué sin problemas y entonces me colocó un globo sideral, corrí y corrí como si me persiguieran, llegué

justito, me giré y coloqué un *drive* donde no llega nadie. Un ángulo imposible, la bola salía despedida a media pista, esquinada, lejos del alcance de Miguel, que observaba con cara de empanada gallega.

De izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Miguel, me movía como si fuera un péndulo. Aguanté la embestida, la bola cada vez llegaba más angulada y tenía que correr más. Después de un rally de ocho golpes, llegó la fatalidad, me torcí el tobillo y caí al suelo.

-Se ha oído un crack, comentan los de las pistas de al lado.

No he sabido parar, hay que tener cuidado. Me levanto con ayuda de Miguel algo alucinado. Me siento y miro mi tobillo. Aparece todo hinchado como una pelota de golf.

Suelo jugar dos o tres partidos de tenis a la semana duran una hora y media, o una hora. El Club de Tenis Meridiana es un club muy modesto con cuatro pistas de césped artificial. En recepción están Concha y Vicente. Organizando la liga está Jordi, mi entrenador.

Además de los partidos, entreno cada jueves por la mañana. Las sesiones son claves para ir evolucionando en un deporte en el que nunca se para de aprender. El tenis es una práctica para perfeccionistas. Con los días, los meses y los años vas progresando y superando niveles de juego. Es apasionante experimentar como algo que intentas aprender a base de entrenamiento al final se logra. Ganas seguridad y los puntos empiezan a ser tuyos, superas momentos difíciles, ganas partidos, aparece la magia. Puedes imponerte en la lucha mental que supone cada partido. El tenis es estrategia, se parece al ajedrez. Hago una jugada para después poder hacer otra, pienso a dos jugadas o tres por adelantado. Planeo una dejada para después hacer un globo. Ganar el punto aumenta la adrenalina, los índices de felicidad se disparan. Por el contrario, perder un punto interfiere en tu estado mental, te enfadas, te sientes triste. En un mismo partido puedes pasar de la máxima felicidad a la más profunda

tristeza varias veces. Es un deporte de resultados imprevistos, se dan oportunidades al perdedor, siempre hay tiempo para remontar, de tener esperanza de ganar el partido.